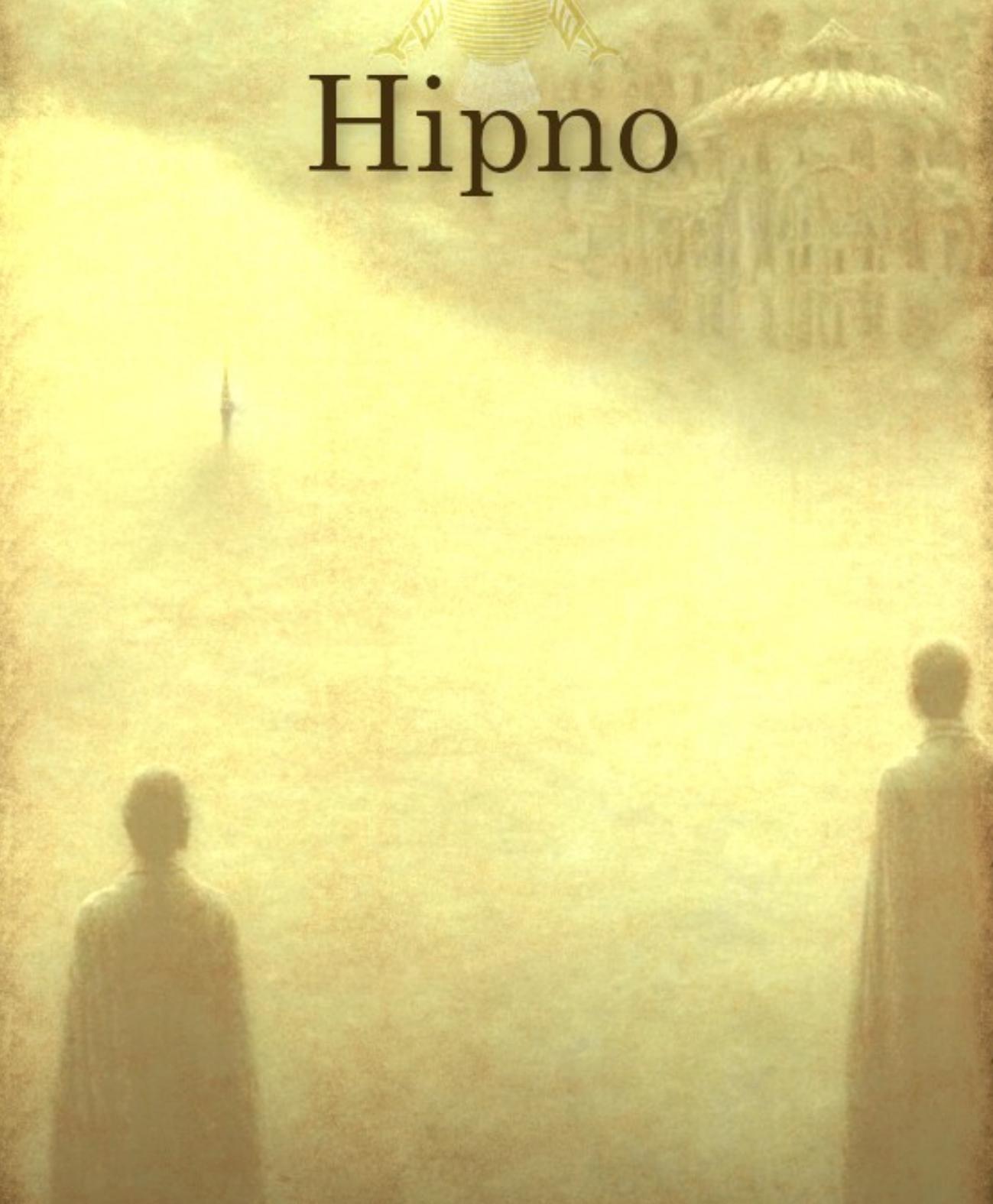




H. P. Lovecraft

# Hipno



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **HIPNO**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1923  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# Hipno

H. P. Lovecraft

*A propósito del sueño, esa siniestra aventura de todas nuestras noches, podemos decir que los hombres se acuestan a diario con una audacia que sería incomprensible si no supiéramos que es el resultado de la ignorancia del peligro.*

*-Baudelaire*

Que los dioses misericordiosos, si es que los hay, guarden esas horas en las que ningún poder de la voluntad, ni droga que la astucia del hombre idee, puede apartarme del abismo del sueño. La muerte es misericordiosa, pues no hay retorno de ella, pero con quien ha vuelto de las cámaras más bajas de la noche, demacrado y sabiendo, la paz no descansa nunca más. Tonto que fui al sumergirme con tal libertad no sancionada en misterios que ningún hombre estaba destinado a penetrar; tonto o dios que fue: mi único amigo, que me guió y me precedió, y que al final pasó a los terrores que aún pueden ser míos.

Nos encontramos, recuerdo, en una estación de ferrocarril, donde él era el centro de una multitud de vulgares curiosos. Estaba inconsciente, pues había caído en una especie de convulsión que impartía a su ligero cuerpo vestido de negro una extraña rigidez. Creo que se acercaba entonces a los cuarenta años, pues había profundas líneas en su rostro, pálido y con las mejillas hundidas, pero ovalado y realmente hermoso; y toques de gris en el espeso y ondulado cabello y en la pequeña y poblada barba que antes habían sido del más profundo negro cuervo. Su frente era blanca como el mármol de Pentélico, y de una altura y anchura casi divina.

Me dije a mí mismo, con todo el ardor de un escultor, que este hombre era una estatua de fauno de la antigua Hélade, desenterrada de las ruinas de un templo y traída de algún modo a la vida en nuestra sofocante época sólo para sentir el frío y la presión de los años devastadores. Y cuando abrió sus inmensos ojos negros, hun-

didos y salvajemente luminosos, supe que a partir de entonces sería mi único amigo, el único amigo de alguien que nunca antes había tenido un amigo, pues vi que esos ojos debían contemplar plenamente la grandeza y el terror de reinos que estaban más allá de la conciencia y la realidad normales; reinos que yo había acariciado en mi imaginación, pero que había buscado en vano. Así que, mientras alejaba a la multitud, le dije que debía venir a casa conmigo y ser mi maestro y líder en los misterios insondables, y él asintió sin decir una palabra. Después descubrí que su voz era música, la música de los violes profundos y de las esferas cristalinas. Hablábamos a menudo por la noche y durante el día, cuando cincelaba bustos de él y tallaba cabezas en miniatura en marfil para inmortalizar sus diferentes expresiones.

Es imposible hablar de nuestros estudios, ya que tenían tan poca relación con cualquier cosa del mundo tal como lo conciben los hombres vivos. Eran de ese universo más vasto y espantoso de entidad y conciencia tenues que se encuentra más profundo que la materia, el tiempo y el espacio, y cuya existencia sospechamos sólo en ciertas formas de sueño: esos raros sueños más allá de los sueños que nunca llegan a los hombres comunes, y sólo una o dos veces en la vida de los hombres imaginativos. El cosmos de nuestro conocimiento despierto, nacido de tal universo como una burbuja nace de la pipa de un bufón, lo toca sólo como tal burbuja puede tocar su fuente sardónica cuando es succionada por el capricho del bufón. Los hombres cultos lo sospechan poco y lo ignoran casi siempre. Los sabios han interpretado los sueños y los dioses se han reído. Un hombre con ojos orientales ha dicho que todo tiempo y espacio son relativos, y los hombres se han reído. Pero incluso ese hombre con ojos orientales no ha hecho más que sospechar. Yo había deseado e intentado hacer algo más que sospechar, y mi amigo lo había intentado y en parte lo había conseguido. Entonces ambos lo intentamos juntos, y con drogas exóticas cortejamos sueños terribles y prohibidos en la cámara del estudio de la torre de la vieja casa solariega en el vetusto Kent.

Entre las agonías de estos días posteriores se encuentra el principal de los tormentos: la desorientación. Lo que aprendí y vi en esas

horas de exploración impía nunca podrá ser contado, por falta de símbolos o sugerencias en cualquier idioma. Digo esto porque, desde el principio hasta el final, nuestros descubrimientos sólo tuvieron la naturaleza de sensaciones; sensaciones correlacionadas con ninguna impresión que el sistema nervioso de la humanidad normal sea capaz de recibir. Eran sensaciones, pero dentro de ellas había elementos increíbles de tiempo y espacio, cosas que en el fondo no poseen una existencia distinta y definida. La expresión humana puede expresar mejor el carácter general de nuestras experiencias llamándolas zambullidas o remontadas; porque en cada período de revelación alguna parte de nuestras mentes se alejó audazmente de todo lo real y presente, precipitándose por el aire a lo largo de abismos chocantes, no iluminados y acechados por el miedo, y ocasionalmente atravesando ciertos obstáculos bien marcados y típicos que sólo pueden describirse como viscosas e insulsas nubes de vapor.

En estos vuelos negros y sin cuerpo estábamos a veces solos y a veces juntos. Cuando estábamos juntos, mi amigo iba siempre muy por delante; yo podía comprender su presencia a pesar de la ausencia de forma por una especie de memoria pictórica por la que se me aparecía su rostro, dorado por una luz extraña y espantoso con su extraña belleza, sus mejillas anómalamente juveniles, sus ojos ardientes, su frente olímpica y su pelo y barba crecidos.

No teníamos constancia del paso del tiempo, pues éste se había convertido para nosotros en una mera ilusión. Sólo sé que debía de haber algo muy singular en ello, ya que al final llegamos a maravillarnos de por qué no envejecíamos. Nuestro discurso era impío, y siempre terriblemente ambicioso: ningún dios o demonio podría haber aspirado a descubrimientos y conquistas como los que planeábamos en susurros. Me estremezco al hablar de ellos, y no me atrevo a ser explícito; aunque diré que mi amigo escribió una vez en un papel un deseo que no se atrevió a pronunciar con la lengua, y que me hizo quemar el papel y mirar con temor por la ventana el cielo nocturno lleno de lentejuelas. Insinuaré -sólo insinuaré- que tenía planes que implicaban el gobierno del universo visible y más; planes por los que la tierra y las estrellas se moverían a sus órdenes, y los destinos de todos los seres vivos serían suyos. Afirmo -lo juro- que

no participé en esas aspiraciones extremas. Todo lo que mi amigo pueda haber dicho o escrito en sentido contrario debe ser erróneo, pues no soy hombre de fuerza para arriesgar las esferas innombrables por las que sólo se podría alcanzar el éxito.

Hubo una noche en la que los vientos de espacios desconocidos nos arremolinaron irresistiblemente en un vacío ilimitado más allá de todo pensamiento y entidad. Percepciones del tipo más enloquecedoramente intransmisible se agolparon sobre nosotros; percepciones del infinito que en su momento nos convulsionaron de alegría, pero que ahora están en parte perdidas en mi memoria y en parte incapaces de ser presentadas a otros. Los obstáculos viscosos fueron superados en rápida sucesión, y al final sentí que habíamos sido llevados a reinos más remotos que los que habíamos conocido antes.

Mi amigo iba enormemente adelantado mientras nos sumergíamos en este impresionante océano de éter virgen, y pude ver la siniestra exultación en su rostro flotante, luminoso y de recuerdos demasiado jóvenes. De repente, ese rostro se oscureció y desapareció rápidamente, y en un breve espacio me encontré proyectado contra un obstáculo que no podía penetrar. Era como los otros, pero incalculablemente más denso; una masa pegajosa y pegajosa, si es que tales términos pueden aplicarse a cualidades análogas en una esfera no material.

Sentí que había sido detenido por una barrera que mi amigo y líder había superado con éxito. Luchando de nuevo, llegué al final del sueño de la droga y abrí mis ojos físicos al estudio de la torre en cuya esquina opuesta estaba reclinada la forma pálida y todavía inconsciente de mi compañero de sueños, extrañamente demacrada y salvajemente hermosa mientras la luna derramaba luz verde dorada sobre sus rasgos de mármol.

Entonces, tras un breve intervalo, la forma del rincón se agitó; y que el cielo compasivo aleje de mi vista y de mi oído otra cosa como la que tuvo lugar ante mí. No puedo decir cómo chilló, ni qué vistas de infiernos inabarcables brillaron por un segundo en los ojos negros enloquecidos por el miedo. Sólo puedo decir que me desmayé,

y que no me revolví hasta que él mismo se recuperó y me sacudió en su fraternidad para que alguien alejara el horror y la desolación.

Ese fue el fin de nuestras búsquedas voluntarias en las cavernas del sueño. Asombrado, estremecido y portentoso, mi amigo que había estado más allá de la barrera me advirtió que no debíamos aventurarnos nunca más en esos reinos. No se atrevió a decirme lo que había visto, pero dijo desde su sabiduría que debíamos dormir lo menos posible, aunque fueran necesarias drogas para mantenernos despiertos. Pronto supe que tenía razón por el miedo indecible que me envolvía cada vez que perdía la conciencia.

Después de cada corto e inevitable sueño, yo parecía más viejo, mientras que mi amigo envejecía con una rapidez casi chocante. Es horrible ver cómo se forman las arrugas y se blanquea el cabello casi ante los ojos. Nuestro modo de vida estaba ahora totalmente alterado. Mi amigo, que hasta ahora había sido un recluso -su verdadero nombre y origen nunca habían salido de sus labios-, se volvió frenético por su miedo a la soledad. Por la noche no quería estar solo, ni la compañía de unas pocas personas lo calmaba. Su único alivio lo obtenía en juergas del tipo más general y bullicioso, de modo que pocas reuniones de jóvenes y alegres nos eran desconocidas.

Nuestro aspecto y nuestra edad parecían suscitar en la mayoría de los casos una burla que yo resentía vivamente, pero que mi amigo consideraba un mal menor que la soledad. En especial, le daba miedo estar solo al aire libre cuando brillaban las estrellas, y si se veía obligado a ello, a menudo miraba furtivamente al cielo como si le persiguiera alguna cosa monstruosa. No miraba siempre al mismo lugar en el cielo; parecía ser un lugar diferente en diferentes momentos. En las tardes de primavera estaba bajo en el noreste. En verano estaba casi encima de la cabeza. En otoño, en el noroeste. En invierno estaba en el este, pero sobre todo en las primeras horas de la mañana.

Las tardes de pleno invierno le parecían menos terribles. Sólo después de dos años relacioné este temor con algo en particular; pero entonces empecé a ver que debía estar mirando un punto especial en la bóveda celeste cuya posición en diferentes momentos

correspondía a la dirección de su mirada: un punto marcado aproximadamente por la constelación Corona Borealis.

Ahora teníamos un estudio en Londres, y nunca nos separábamos, pero nunca hablábamos de los días en que habíamos tratado de sondear los misterios del mundo irreal. Estábamos envejecidos y débiles a causa de las drogas, las disipaciones y la sobrecarga nerviosa, y el cabello y la barba de mi amigo, cada vez más delgados, se habían vuelto blancos como la nieve. Nuestra libertad de dormir durante mucho tiempo era sorprendente, ya que rara vez sucumbíamos más de una o dos horas a la sombra que ahora se había convertido en una amenaza tan espantosa.

Entonces llegó un enero de niebla y lluvia, en el que el dinero escaseaba y los medicamentos eran difíciles de comprar. Mis estatuas y cabezas de marfil se vendieron todas, y yo no tenía medios para comprar nuevos materiales, ni energía para fabricarlos aunque los tuviera. Sufrimos terriblemente, y cierta noche mi amigo se sumió en un sueño profundo del que no pude despertarlo. Puedo recordar ahora la escena: el desolado y oscuro estudio de la buhardilla bajo el alero, con la lluvia cayendo a plomo; el tic-tac de nuestro único reloj; el supuesto tic-tac de nuestros relojes mientras descansaban en el tocador; el chirrido de alguna persiana que se balanceaba en una parte remota de la casa; ciertos ruidos distantes de la ciudad amortiguados por la niebla y el espacio; y, lo peor de todo, la respiración profunda, constante y siniestra de mi amigo en el sofá, una respiración rítmica que parecía medir los momentos de miedo y agonía supremos de su espíritu mientras vagaba por esferas prohibidas, inimaginables y horriblemente remotas.

La tensión de mi vigilia se volvió opresiva, y un tren salvaje de impresiones y asociaciones triviales se agolpó en mi mente casi desquiciada. Oí sonar un reloj en alguna parte -no el nuestro, pues no era un reloj de sonería- y mi fantasía morbosa encontró en ello un nuevo punto de partida para sus ociosas divagaciones. Relojes-tiempo-espacio-infinito-y entonces mi fantasía volvió a la localidad al reflexionar que incluso ahora, más allá del techo y la niebla y la lluvia y la atmósfera, Corona Borealis se elevaba en el noreste. Corona Borealis, a la que mi amigo había parecido temer, y cuyo cente-

lleante semicírculo de estrellas debía estar brillando incluso ahora sin ser visto a través de los abismos sin medida del éter. De repente, mis oídos febrilmente sensibles parecieron detectar un componente nuevo y completamente distinto en la suave mezcla de sonidos magnificados por la droga: un gemido bajo y condenadamente insistente procedente de muy lejos; zumbando, clamando, burlándose, llamando, desde el noreste.

Pero no fue ese lejano quejido el que me robó las facultades y puso en mi alma un sello de espanto como nunca en la vida podrá quitarse; no fue el que provocó los gritos y excitó las convulsiones que hicieron que los inquilinos y la policía derribaran la puerta. No fue lo que oí, sino lo que vi; porque en aquella habitación oscura, cerrada con llave, con persianas y cortinas, apareció desde la negra esquina noreste un rayo de horrible luz roja y dorada, un rayo que no llevaba consigo ningún resplandor para dispersar la oscuridad, sino que se proyectaba únicamente sobre la cabeza recostada del atribulado durmiente, que hacía aparecer, en una horrible duplicación, el rostro luminoso y extrañamente juvenil de la memoria, tal como lo había conocido en los sueños del espacio abismal y del tiempo libre, cuando mi amigo había traspasado la barrera de aquellas cavernas secretas, más íntimas y prohibidas de la pesadilla.

Y mientras miraba, vi que la cabeza se alzaba, que los ojos negros, líquidos y profundamente hundidos se abrían con terror, y que los labios delgados y sombríos se separaban como para lanzar un grito demasiado espantoso para ser pronunciado. En aquel rostro espantoso y flexible, mientras brillaba sin cuerpo, luminoso y rejuvenecido en la negrura, habitaba más el miedo descarnado, pululante y que destroza el cerebro que todo el resto del cielo y la tierra me ha revelado jamás.

No se pronunció ninguna palabra en medio del sonido distante que se acercaba cada vez más, pero mientras seguía la mirada loca de la cara de la memoria a lo largo de ese maldito rayo de luz hasta su fuente, la fuente de donde también provenían los gemidos, yo también vi por un instante lo que veía, y caí con los oídos zumbando en ese ataque de epilepsia chillona que trajo a los inquilinos y a la policía. Nunca pude decir, por más que lo intenté, qué fue lo que vi

en realidad; ni tampoco el rostro inmóvil pudo decirlo, pues aunque debe haber visto más que yo, nunca volverá a hablar. Pero siempre me guardaré del burlón e insaciable Hipnos, señor del sueño, del cielo nocturno y de las locas ambiciones del conocimiento y la filosofía.

No se sabe lo que pasó, pues no sólo mi propia mente fue desquiciada por la extraña y horrible cosa, sino que otras fueron manchadas con un olvido que no puede significar nada si no es locura. Han dicho, no sé por qué razón, que nunca tuve un amigo; pero que el arte, la filosofía y la locura habían llenado toda mi trágica vida. Los inquilinos y la policía me calmaron aquella noche, y el médico me administró algo para tranquilizarme, sin que nadie viera la pesadilla que había tenido lugar. Mi amigo afectado no les movió a la compasión, pero lo que encontraron en el sofá del estudio les hizo concederme un elogio que me enfermó, y ahora una fama que desdeño con desesperación al estar sentado durante horas, calvo, con barba gris, arrugado, paralizado, drogado y roto, adorando y rezando al objeto que encontraron.

Porque niegan que haya vendido la última de mis estatuas, y señalan con éxtasis la cosa que el brillante rayo de luz dejó fría, petrificada y sin voz. Es todo lo que queda de mi amigo; el amigo que me condujo a la locura y al naufragio; una cabeza divina de un mármol tal como sólo la vieja Hellas podía dar, joven con la juventud que está fuera del tiempo, y con el bello rostro barbado, los labios curvados y sonrientes, la frente olímpica y los densos mechones ondulados y coronados de amapolas. Dicen que ese rostro de recuerdo evocador está modelado a partir del mío, tal y como era a los veinticinco años; pero sobre la base de mármol está esculpido un solo nombre en las letras del Ática: HIPNO.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**